

DOMINGO VI ORDINARIO-C

Jeremías (17,5-8):

Así dice el Señor: «Maldito quien confía en el hombre, y en la carne busca su fuerza, apartando su corazón del Señor. Será como un cardo en la estepa, no verá llegar el bien; habitará la aridez del desierto, tierra salobre e inhóspita. Bendito quien confía en el Señor y pone en el Señor su confianza. Será un árbol plantado junto al agua, que junto a la corriente echa raíces; cuando llegue el estío no lo sentirá, su hoja estará verde; en año de sequía no se inquieta, no deja de dar fruto.»

I de San Pablo a los Corintios (15,12.16-20):

Si anunciamos que Cristo resucitó de entre los muertos, ¿cómo es que dice alguno de vosotros que los muertos no resucitan? Si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó; y, si Cristo no ha resucitado, vuestra fe no tiene sentido, seguís con vuestros pecados; y los que murieron con Cristo se han perdido. Si nuestra esperanza en Cristo acaba con esta vida, somos los hombres más desgraciados. ¡Pero no! Cristo resucitó de entre los muertos: el primero de todos.

Evangelio según San Lucas (6,17.20-26):

En aquel tiempo, bajó Jesús del monte con los Doce y se paró en un llano, con un grupo grande de discípulos y de pueblo, procedente de toda Judea, de Jerusalén y de la costa de Tiro y de Sidón. Él, levantando los ojos hacia sus discípulos, les dijo: «Dichosos los pobres, porque vuestro es el reino de Dios. Dichosos los que ahora tenéis hambre, porque quedaréis saciados. Dichosos los que ahora lloráis, porque reiréis. Dichosos vosotros, cuando os odien los hombres, y os excluyan, y os insulten, y proscriban vuestro nombre como infame, por causa del Hijo del hombre. Alegraos ese día y saltad de gozo, porque vuestra recompensa será grande en el cielo. Eso es lo que hacían vuestros padres con los profetas. Pero, ¡ay de vosotros, los ricos!, porque ya tenéis vuestro consuelo. ¡Ay de vosotros, los que ahora estáis saciados!, porque tendréis hambre. ¡Ay de los que ahora reís!, porque haréis duelo y lloraréis. ¡Ay si todo el mundo habla bien de vosotros! Eso es lo que hacían vuestros padres con los falsos profetas.»

COMENTARIO

Chirría en nuestros oídos la primera frase de Jeremías “**Maldito quien confía en el hombre**” y como la dejamos chirriar no nos enteramos de la continuación: **y en la carne busca su fuerza, apartando su corazón del Señor.**

El profeta como tantos otros, como nosotros mismos, durante su vida ha sufrido muchos desengaños. Fue Jeremías un varón célibe apasionado. Prisionero de las intrigas que le envolvían, intrigas del pueblo y de las autoridades, acabaron con él desterrado en Egipto, apartado de su tierra y de los suyos, hasta morir anónimamente en el exilio.

Su punto único de apoyo era el Señor y se mantenía firme, sin dejarse dominar por la duda, observando la mediocridad que le rodeaba. Por eso dice, **Bendito quien confía en el Señor y pone en el Señor su confianza.**

¡cuántas situaciones depresivas nos ahorraríamos si nuestros criterios de vida fueran como los suyos!

Una de las peculiaridades del ser humano es el preguntarse en que consiste la muerte, su significado antropológico y sus consecuencias.

Rudyard Kipling lo cuenta con sencillez en su narración “La foca blanca”. Un rebaño de estos animales marchan tranquilos hacia sus verdugos que astutamente golpean su nuca para darles muerte, sin que los demás vean la maniobra, sin que el golpe perjudique su valiosa piel. Observan los cadáveres con indiferencia y continúan acercándose a quienes van ejecutándolas de una en una.

Hay personas que no quieren pensar en la muerte. El día que llegue, llegará, se dicen. Vivir sin hacerse preguntas es, pues, retroceder en dignidad para conseguir, de alguna manera, exclusivamente cierto placer sin auténtica felicidad.

Ahora bien, en esta, como en otras situaciones, el hombre si bien se pregunta, no llega a conseguir una respuesta. Al constatar sus limitaciones, se arriesga a aceptar la que le ofrece Dios. No hay que olvidar que la Fe no es segura evidencia. Vuelvo a repetir que es arriesgada aceptación. Arriesgada sí, pero no imprudente, se funda en la experiencia de la bondad de Dios.

Creemos que Jesús resucitó, que existe resucitado, que no se desentiende de nosotros, ya que está íntimamente comprometido con nuestra salvación. Es el encargo recibido del Padre.

Si Cristo ha muerto y resucitado, nosotros que con seguridad también moriremos y con Él estamos íntimamente unidos, también resucitaremos. Es una esperanza basada en el Amor.

Fundamentalmente, son dos las actitudes que puede escoger el hombre ante la trascendencia de su vida.

En primer lugar, procura poder alcanzar el contacto personal con aquel o aquello que le trasciende, que le es atractivo y con ello lograr una salvación personal. Tal actitud es la propia del individuo religioso. Seguirá a quien le propasa, será consecuente en su comportamiento y aceptará unas normas.

La otra actitud, más que preocuparse por aquello que le trasciende, se afana por formar o reformar su intimidad. Primero su total realidad, después, y en consecuencia, conseguirá, paz, amor, respeto, es decir vivir felizmente, soportando con serenidad las adversidades. Maravillosa sí, pero limitada

Os habréis dado cuenta, queridos lectores, de que tal actitud correspondería a mentalidades próximas al budismo. Admirable y apreciable por todos es quien es fiel a tal norma de vida. Pero no hay que olvidar que es limitada.

No os imaginéis, queridos lectores, que el Maestro se situó en la falda de la montaña y proclamó el texto de las Bienaventuranzas que hoy se nos ofrece como quien pronuncia un eslogan e inmediatamente desapareció. El texto corresponde a las notas resumen fundamental de los sermones que en un determinado periodo y en un concreto paraje, pronunció el Señor. Los oyentes deberán sacar sus consecuencias propias de aquel momento, como nosotros las debemos sacar del nuestro.

Cuesta aprenderlas de memoria, tampoco vale gran cosa conseguirlo. Es preciso meditarlas y derivar a comportamientos que con ellas concuerden.

Las enseñanzas de las Bienaventuranzas son preciosas. Entusiasman a todos, son luz que ilumina el camino de la vida. A Gandhi le asombraron, a Rabindranath Tagore. Ambos sufrieron la decepción de que en los espacios donde el Evangelio se había hecho cultura, no encontraron realizada tal doctrina. Podemos pensar lo mismo nosotros y errar también. Hay pobres por vocación, defensores de la justicia por exigencia interior, limpios de corazón por ser conscientes de su dignidad personal, de que son templos de Espíritu Santo, afligidos no desconsolados, porque la bondad de Dios no les permite sentirse derrotados y saben que no serán nunca abandonados.

Sacar consecuencias es obligación de cada uno. Las Bienaventuranzas no son un código jurídico de conducta establecida. Tratar de comentarlas ocuparía todo un volumen que ni tengo tiempo de redactar, ni vosotros, queridos lectores, leeríais. San Benito Labre se tomó el precepto de la pobreza radicalmente, si yo pretendiera imitarle, no sería fiel a mi vocación sacerdotal que, creo yo, me obliga ciertos días a celebrar la misa en varios lugares distantes. En Compostela consideran peregrino cristiano y le otorgan el "certificad" a quien llega a caballo o a pie. Quien así lo hace es rico de dinero o de tiempo. Creo yo que yendo en sencillo utilitario, dedicando a la peregrinación los cinco días libres, de lunes a viernes, obro de acuerdo con criterios de pobreza, pero no lo reconocen. Puestos a anotar comportamientos anecdóticos no sacaríamos nada en limpio, pues las situaciones no son siempre lo que parecen.

Repito que es tarea personal de cada uno. Confío que vosotros trabajaréis esta labor de mejora un poco cada día.